



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: O inventamos o erramos

Autor: Vargas Martínez, Gustavo

Forma sugerida de citar: Vargas, G. (1994). O inventamos o erramos. *Cuadernos Americanos*, 2(44), 131-137.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VIII, núm. 44, (marzo-abril de 1994).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

O INVENTAMOS O ERRAMOS

Por *Gustavo VARGAS*
ENAH, MÉXICO

Al estilo de Simón Rodríguez, y por supuesto, en su homenaje.

A PUNTO DE INICIARSE UN NUEVO SIGLO, y después de un prolífico decenio dedicado a la conmemoración colombina, parece oportuno repensar la historia de esta América y la de su incapacidad para la integración. Estoy consciente, empero, que hablar de integración americana en los tiempos del narcotráfico delirante, del desempleo inagotable, de la marginación insoportable, del endeudamiento infinito, parece un ejercicio de masoquismo letal. Pero a los hombres de universidad nos toca hacerlo por mal que lo hagamos. Y todo porque tenemos un derecho aún no consagrado en tratados internacionales, que es el derecho a soñar despiertos. Seguimos el ejemplo del primero de los americanistas, que absorto ante la magnitud de su obra fundacional, parecía vacilar ante su propia duda: “¿es ésta una vana especulación, estoy resucitando inoportunamente los sueños de Moro y Fénelon?”¹

Urgida de espacio filosófico, la América nuestra busca la definición de su identidad a manera de adquirir así un lenguaje universal que la ubique en el mundo del pensamiento. Ni siquiera del pensamiento histórico, sino del pensamiento posmoderno. Porque la rápida sucesión de acontecimientos que la humanidad ha vivido desde 1989 —parteaguas que propicia la reflexión— ha influido también en América Latina: no sólo se desplomó el sistema socialista en Europa oriental, sino que en nuestro occidente socialista, China, se llevaron a cabo las reformas suficientes para sobre llevar un socialismo *ad hoc*, tanto más atractivo puesto que se practica en un país superpoblado, que hace sólo tres décadas era de los

¹ Simón Bolívar en Kingston, 16 de diciembre de 1815, cit. en *Escritos del Libertador*, Caracas, 1972, vol. VIII, p. 284.

más pobres del mundo; no sólo se aclamó el triunfo del neoliberalismo como panacea universal, sino que en nuestro continente se invadió, otra vez, un país pequeño por la más grande potencia universal.

Estos cambios recientes nos invitan a la reflexión sobre la América en que vivimos. Ya no es sólo el problema de la deuda subyugante, ahora solapada; ahora el pretexto es la lucha contra el narcotráfico. Colombia ha visto amenazada su soberanía por barcos de guerra y cotidianas violaciones a su espacio aéreo; Panamá ya fue invadido; la inspección sofisticada de la Amazonia internacional es cosa de todos los días. Si añadimos que el contubernio de hombres armados con narcotraficantes cada vez es más descarado y se da en operaciones cada vez más inmorales, quiere decir que la coyuntura propicia a la intervención se hace más cercana. Ni las valientes acusaciones de los mayores intelectuales de esta América los amedrentan.² Por eso es preciso levantar una cortina de denuncias que separe a los productores *sudacas* de los consumidores primermundistas.

La circunstancia de que los narco-productores estén en América Latina y los narco-consumidores en los Estados Unidos, principalmente, nos lleva a otra reflexión: ¿puede América Latina y con ella, su intelectualidad, en medio de tal situación, adelantarse a los pretextos represivos de los Estados Unidos con algo más que la denuncia? Permítaseme ser optimista. Estados Unidos nos necesita como mercado y como zona de inversión. Nosotros tenemos aliados y fuerza en la propia comunidad latina de dentro y fuera de los Estados Unidos. Por eso, trabajar por la integración latinoamericana es el mejor freno ante el intervencionismo, y por lo mismo, la más eficiente manera de evitar las amenazas a nuestra soberanía política y cultural.

América Latina necesita una estrategia para la preservación de su patrimonio cultural. Tal vez se requiera trabajar en mil frentes, pero no me resisto a señalar sólo dos. Primero: educar en la unidad, formar conciencia latinoamericanista, fundir en una sola la historia propia. Ésta es la historia que no se ha importado de Europa, que se escribe desde América para nuestro consumo. Segundo: elegir símbolos ecuménicos de identificación, que recuperen para nuestros pueblos el sentido de la Patria Grande. Si el colonialismo ha

² "Su guerra, señores, perdió su vigencia histórica", *El Tiempo* (Bogotá), 22 de noviembre de 1992, primera plana.

inventado, antaño y hogaño, mil símbolos para perpetuarse, ¿por qué no entronizar los nuestros —ideas, figuras, rituales, personas—, que enseñen la idea de la nueva integración de la vieja patria?

Una rápida revisión de la historia de nuestra cultura nos puede ayudar a comprender esas dos metas:

1. Cuando existía en potencia la India Oriental Americana, nos unió la mitología. El europeo codicioso nos buscaba por senderos inciertos. Su errático camino lo llevó a las islas de la especiería, pero también sede de canefalles, acéfalos, ciclopes y patones. Cuando descubrió hombres en esa India extraviada, les negó racionalidad. Les negó, hasta Trento, humanidad. Se requirió del testimonio de Montesinos y Las Casas, de Quiroga y de Garcés, para refutar a los Solórzanos, los Ortices y los Ovicdos. Fueron aquellos apóstoles erasmistas los que conquistaron de veras al americano. Hombres cabales y no mitos, parte de la naturaleza y no del Medievo fantasiado o del Renacimiento arrogante, miembros del reino natural y de la zoología feliz, y no de la evasión espiritual, pecaminosa y coercitiva. Europa fue culpable de haber interrumpido la unión americana de hombre y naturaleza, y de forzarlo a ser más estoico que epicúreo, para invertir el atinado veredicto de Vespucci.

2. Nos interrumpió Europa, ciertamente, pero no contó con que trayendo negros esclavizados de África nos devolvía parte de la magia y parte del color que nos había quitado y prohibido.

3. La historia que entonces se inicia nos sacó de la prehistoria asiática incluida en el poblador originario de América, el mongol melancólico y taciturno que nos hermana con los pueblos occidentales, de ese nuestro Occidente asiático. La cultura precolombina nos remite a una indianidad auténtica en el sentido del siglo xv.

4. La síntesis, absurda para Europa, se hizo en estos pueblos mulatos, que a futuro regirán y dominarán esta inmensidad una vez superadas, sucesivamente, las dominaciones blanca, criolla y mestiza, y seamos, más que una raza cósmica, una raza acaobada, acanelada. Étnicamente nos hallamos en tránsito entre la síntesis criolla y la mestiza, sin que todavía se haya dado una definición histórica. Los siglos XXI y XXII serán poblados y gobernados por esa gente acanelada, especialmente en Sudamérica, cuando Mesoamérica entre apenas a la mutación del último mestizaje.

Nos aproximamos, entonces, a la liquidación de la utopía americana por vía de conjunción. Sólo así superaremos el traumatismo de la dominación del blanco, al menos en la América equinoccial.

Veamos entonces qué nos puede dar esa especie de antropología filosófica americana a la que tiende nuestra inquietud.

Si en algo difieren Europa y América es en su sentido del pasado y en las perspectivas ante el futuro. Europa se ha preocupado por su racionalidad, por su ordenamiento, por hacer de su dispersión en lenguas y religiones, un pretexto para la mancomunidad. Se podría decir, a la inversa, que esa teleología se desmiente a diario con siglos y siglos de guerra continua. Pero nunca se podrá confrontar su pasado y el nuestro, su futuro y el nuestro, con la espontaneidad, creatividad e imaginación, desordenada y colorida, de que hacemos gala los neo-mundistas.

Por otra parte, si en algo difieren Estados Unidos de América y los Estados Desunidos de Latinoamérica, es que aquí no se calcó ni lo mejor de la tradición hispánica, mientras los angloamericanos calcaban el pragmatismo inglés, el expansionismo inglés y su corolario, el 'destino manifiesto'. El imperialismo es europeo en esencia y forma. Estados Unidos es Europa cuando es imperialista.³

De ahí que en Europa el racionalismo y su positivismo, el determinismo y su marxismo, hayan insistido en la búsqueda de la igualdad y fraternidad para frenar la dispersión. Nuestra América ha buscado su identidad, su integración, su conciencia, tres temas ejemplares que difícilmente podrían caer en un manual de filosofía europea.

Pues bien, tenemos que formularnos tres preguntas conclusivas: ¿Qué nos une? La conquista, esto es, la violencia. ¿Qué nos separa? La liberación. ¿Qué nos es paralelo? La historia propia.

Aunque América ha nutrido su historia de retazos de historia europea, porque sus invasiones han interrumpido nuestra historia, debemos aceptar que, sin embargo, aún se cumple la sentencia hegeliana de dejarnos como pueblos sin historia. Está bien. Somos supernumerarios para su historiar, innecesarios para su filosofar. Pero esta América tiene en sus raíces savia suficiente para hacer de su solaz epicúreo no sólo una forma de ser —lo que rebasa los límites de un caracterología social e invade terrenos de una verdadera ontología—, sino una forma de discurrir y pensar y mirar su esencia desde el fenómeno. Y eso es hacer antropología filosófica americana. ¿Acaso es así la filosofía traumática de importación, o la diligentemente traducida para "hablar el mismo lenguaje" que tanto pregonan los críticos de la filosofía americana?

³ Cf. Gustavo Vargas, 'Bolívarismo y Monroísmo, cien años después', *Cuadernos Americanos*, 23 (1990), pp. 116-137.

No vale la pena seguir hablando de síntesis, en el contexto americano, entre lo propio y lo bien o mal asimilado. Seguimos separados en pensamiento y mentalidad, y eso explica la vacuidad de tantos estudios erráticos.

Cansados de copiar, algún día filósofos de lo americano e historiadores del porvenir reordenarán lo propio y separarán lo ajeno. Wankar, pensador incásico, lo acuñó así: "Tatarabuelos inquisidores, bisabuelos enciclopedistas, abuelos positivistas, padres liberales y capitalistas, hijos socialistas y nietos marxistas... ¿cuál ideología europea copiarán los bisnietos?".⁴

Lo indígena, lo negro, lo asiático, sobreviven en el peculiar modo de ser americano, y lo latino no es más que un lenguaje, un vehículo para universalizarnos. En cierta forma, el ser americano es todavía esencia, y las lenguas europeas ropaje, fenómeno.

Los dramáticos cambios que vivió el mundo entre diciembre de 1989 y diciembre de 1991, entre la unificación alemana y la disolución soviética, repercutieron en América Latina, y su cauda se sentirá todavía por cierto tiempo. El latinoamericano se ha enfrentado, confuso y sorprendido, al fin de un proyecto libertario. Ahora sabe que el capitalismo, que tuvo la oportunidad, no pudo salvarlo, a pesar de trescientos años de práctica colonial y doscientos de empresa republicana; y que los proyectos socialistas para la revolución con democracia, ensayados en Cuba, en Chile, en Nicaragua, ni las revoluciones inconclusas que hubo en casi todos nuestros países, podrán repetirse. Para unos, el desconcierto se ha traducido en desilusión. Para otros, en emigración al Primer Mundo. Desilusión y fuga han creado la necesidad de revitalizar valores, raíces, calidad de vida, esperanzas, otra manera de vivir alejada del sueño americano, donde, al decir de García Márquez, tenga el hombre una nueva oportunidad sobre la tierra.

La fuga al Norte, física y cultural, la vigencia de una nueva *normandía* no puede ser objetivo último sino una nueva y peligrosa utopía para el americano del Sur.

No. Para nuestra América no ha llegado el fin de la historia. Es, apenas, el fin de la utopía.

Parecida reflexión hacía, trece años antes de Francis Fukuyama, el maestro de la latinoamericanidad, Leopoldo Zea. Y hace poco, en *Filosofar a la altura del hombre. Discrepar para comprender* (México, UNAM, 1993), afirmaba:

⁴ Wankar, *Tawantinsuyu*, México, Nueva Imagen, 1981, p. 311.

La posguerra apenas ha terminado hace unos meses con los cambios extraordinarios que se han operado en Europa. A partir de ahora entramos en un periodo de intensa reflexión, en el cual no sólo Europa se está rehaciendo y buscándose en el marco de nuevas estructuras, sino en el cual regiones como América Latina, Asia y África tienen que plantearse formas renovadas de relación e integración con el resto del mundo. La filosofía, más que nunca, tiene que ayudar a pensar este mundo único que surge de un mundo dividido.

El objetivo último de la integración latinoamericana no puede ser otro que el mejoramiento de la calidad de la vida. Las dos "cumbres" podrían correr la misma suerte de tantísimos otros tratados y convenios suscritos desde hace un siglo, cuando el bueno del señor Blaine organizó su Unión Panamericana: meros papeles, nada más.

Pero hay, a pesar de todo, varios atajos:

1. Una vía regia de excepción utilizable *ad infinitum* es la promoción de la cultura como asidero para la integración. Somos afortunados poseedores de una plástica, una música y una literatura (todo es color), universalmente reconocidas, porque expresan la proverbial ligazón entre hombre y naturaleza de estas tierras. Carlos Fuentes, excavador de espejos enterrados, lo dijo hace poco así:

Pocas culturas en el mundo poseen una riqueza y continuidad comparables. En ella, los hispanoamericanos podemos identificarnos e identificar a nuestros hermanos y hermanas de este continente. Por ello resulta tan dramática nuestra incapacidad para establecer una identidad política y económica comparable. Sospecho que esto ha sido así porque con demasiada frecuencia hemos buscado o impuesto modelos de desarrollo sin mucha relación con nuestra realidad cultural.⁵

2. Otro camino, andado ya pero sin término, es el de revivir proyectos viejos, aunque no obsoletos, de confederación, que hogaño se antojaban más fáciles para frenar las muchas delincuencias de las que hablábamos al comienzo de esta ponencia. ¿Es acaso absurda una política de integración perpetua entre Colombia y Venezuela y tal vez Guyana, cuando la Orinoquia y la costa compartida son perpetuas? ¿No es la cuenca amazónica el camino fluvial obvio que la naturaleza regaló a Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador, Guyana, Perú, Suriname y Venezuela, para que con su riqueza se salven y se integren? ¿No existe un sistema fluvial integrador de Sudamérica,

⁵ Carlos Fuentes, *El espejo enterrado*, México, FCE, 1992.

que permite viajar y comerciar a Caracas con Quito y a Bogotá con Buenos Aires?⁶ ¿Es de veras muy difícil magnificar la unión centroamericana después de la noche que ha vivido? ¿No precipitará, en fin, una recomposición de América, de esta América que es cada vez más nuestra, la primera de las repúblicas mal hechas que se atreva a romper con cien años de soledad?

⁶ Georgescu Pipera, *Del Orinoco al Río de la Plata. 40 000 kilómetros de navegación fluvial*, Barcelona, Serbal, 1987, p. 161.